XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

Extinción y materia muerta: reflexiones sobre el Necroceno, la tanatosofía y la ética ecológica.

Ricardo Andrade.

Cita:

Ricardo Andrade (2023). *Extinción y materia muerta: reflexiones sobre el Necroceno, la tanatosofía y la ética ecológica. XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-025/389

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Extinción y materia muerta: reflexiones sobre el Necroceno, la tanatosofía y la ética ecológica

Ricardo Andrade
Universidad Nacional de Río Negro. Centro de Estudios en Ciencia, Tecnología, Cultura y Desarrollo. Río Negro, Argentina.
CONICET

El desarrollo del Capitaloceno europeo, a finales del siglo XV y comienzos del siglo XVI con las exploraciones transatlánticas, la masificación de la esclavitud y las conquistas territoriales supuso la progresiva transformación de la naturaleza (tanto humana como no humana) en mercancías. Con la mercantilización como ideología y como "destino" natural del progreso, los fundamentos de lo humano se vieron ampliamente fracturados: la escisión radical entre la subjetividad y la realidad objetiva creó las bases filosóficas, económicas y político-sociales de lo que podemos llamar como razón extintiva. Este tipo de racionalidad consiste en una hipóstasis de lo humano sobre otras formas vivientes o inorgánicas en base a la aniquilación, es decir, sobre las bases de una ontofagia. Lo ontofágico designa la canibalización del pluralismo ontológico que admite la plena independencia de los entes: devorar es la premisa esencial de la subjetividad exacerbada. La razón extintiva da origen, en su despliegue tanático, al Necroceno. Justin McBrien define este concepto del siguiente modo:

> El concepto de Necroceno traza la relación entre el despliegue material de la extinción a través del capital y la historia de su investigación científica. Es por eso que la extinción debe examinarse a través de la exhumación de la materia muerta: como objeto de conocimiento, los fósiles que llevaron al descubrimiento de la extinción y el concepto de catastrofismo, y la biomasa descompuesta de los hidrocarburos cuyo uso precipita la catástrofe ecológica real. La materia muerta es nuestro vínculo con el aparente olvido del tiempo profundo. A través de su inspección, podemos aprender algo sobre nuestras propias catástrofes futuras (McBrien, 2016, p. 118).

En una primera instancia, la razón extintiva se apoya en la génesis de la ciencia moderna. En su aspiración por llevar hasta sus últimas consecuencias la dualidad entre el sujeto y el objeto en búsqueda del conocimiento objetivo y verdadero, la ciencia consigue, por una parte, destituir las visiones antropocéntricas dentro del pensamiento occidental; por otra parte, habilita la cosificación de las entidades no humanas hasta transformarlas en recursos explotables. En este sentido, la historia de la ciencia (y, claro está, de la tecnología)

puede entenderse como una historia de la destrucción del sujeto y de su auge por medio de la extinción de otras especies y de la inhabitabilidad planetaria. A esto debe añadirse el despliegue del capital que, debido a sus dinámicas intrínsecas, aspira a una absolutización de la ideología del dominio. Esta absolutización viene acompañada por la idea estratificada según la cual lo existente (en términos económicos se podría decir los recursos) es ilimitado. Lo ilimitado funciona en este punto como una paradójica condena: para garantizar el futuro del *anthropos*, este debe inmolarse junto a la Tierra. Lo concreto, valga decir la cotidianidad que rodea al sujeto, la vida de los animales y las plantas, entre otras características desaparece en pos de un nuevo imperativo categórico: extinguir se transforma en un valor moral socialmente aceptado, esto quiere decir, en una *eudaimonía* negativa.

No obstante y como señala McBrien, la exhumación de la materia muerta implica una revelación de la caducidad del todo. Con esta exhumación emerge una primera definición de lo que hemos de denominar como *tanatosofía*. Como su configuración lingüística demuestra, la tanatosofía puede entenderse como una sabiduría desde la muerte, como una reflexión filosófica sobre las implicaciones que tiene la exhumación de las catástrofes biológicas y geológicas y la manera cómo ellas configuran algunos ámbitos del pensamiento (ética, ontología, entre otros). Al mismo tiempo, es una perspectiva que hace de la materia muerta una memoria sobre la fragilidad de la vida que es necesaria para pensar en el futuro. El tiempo profundo que señala McBrien tiene relación con este punto. La tanatosofía articula las temporalidades (pasado remoto, futuro lejano) para demostrar la contingencia de lo humano dentro del desenvolvimiento de la vida planetaria. Por ello, esta perspectiva se sostiene de acuerdo a presupuestos realistas, es decir, parte de la premisa fundamental de que los procesos de la realidad (las dinámicas intrínsecas de la naturaleza, entes no humanos, entre otros elementos) son independientes e indiferentes a la subjetividad humana y su existencia.

Aseverar esto tiene varias implicaciones. Una de ellas tiene que ver con una ética ecológica y las posibilidades de configurar un *realismo moral*. Una definición que captura la complejidad de este concepto la ofrece Kevin Delapp en la siguiente reflexión:

> El realismo moral es un particular posición metaética que sostiene que algunos principios fundamentales de la moralidad son (en cierto sentido aún por analizar) “reales”, "objetivos" o "verdaderos”. Sin embargo, lo que esto podría significar exactamente se vuelve problemático a la luz del supuesto “desencanto” generado por el declive de la autoridad religiosa, la conciencia de pluralismo cultural y el surgimiento de una concepción naturalista del mundo. Sin embargo, a pesar de los desafíos que el desencanto modernista presenta, el realismo todavía tiene un atractivo “meta-metaético” inicial en virtud del supuesto estatus de la moralidad como

> una “esfera de significado” y una *explanandum* para la teorización moral en primer lugar. Las perspectivas del realismo moral, por lo tanto, dependen del éxito del “reencantamiento” de la moralidad como una esfera de significado dentro de un mundo secular “desencantado”, científico y pluralista (Delapp, 2013, p. 10).

La destrucción de los ecosistemas y la posibilidad objetiva de la desaparición de la humanidad producto del calentamiento global pueden interpretarse como, de acuerdo a un concepto de Mario Bunge, hechos cinéticos, es decir, como cambios de los estados ontológicos de las cosas. Una ética ecológica amparada en el realismo moral analiza estos hechos desde una dimensión ontológica que culmina en un campo de sentido político (podríamos decir también semántico-social). No deja de llamar la atención que en la reflexión citada surja el problema del desencantamiento del mundo como un obstáculo dentro de este enfoque. Precisamente este desencantamiento es lo que ha generado una visión cuasi nihilista que ha devenido en ideología a la hora de abordar el problema de la extinción: las dinámicas del capitalismo suprimen toda reflexión sobre el futuro en la medida en que el ahora está mediado por la miseria social y el colapso de los modelos económicos para solventar esta problemática.

Recuperar una “esfera de significado” es, en este contexto de colapso, parte sustancial de una ética ecológica realista. Esta recuperación se puede dar de dos formas: atendiendo a los seres que aún viven y analizando la inexistencia de los entes ya perecidos en su totalidad por la acción humana. En este punto, la exhumación de la materia muerta cobra una dimensión política y moral no menor, ya que ella implica asumir que las temporalidades y los entes perecidos aún pueden configurar un futuro que tenga como base principal la memoria de los desastres ocasionados por la ontofagia y que tiene su génesis en lo que podemos denominar como un *constructivismo espectral*. Si en términos generales y esquemáticos el constructivismo en su vertiente sociológica y filosófica asevera que la realidad es un constructo creado por los sujetos, entonces este constructo llamado modernidad (o posmodernidad) tiene como fin la desaparición de la habitabilidad planetaria y del propio sujeto cognoscente, de ahí que lo espectral tenga un peso semántico relevante. Frente a esta visión la ética ecológica realista, hermanada con la tanatosofía, busca la creación de esferas de significados que tengan como presupuesto la aceptación de que los orígenes de una nueva normatividad en la actualidad deben desprenderse tanto de los hechos cinéticos como de una sabiduría que nazca de la conciencia de la finitud.

Ahora bien, debemos poner en suspenso la postura de Delapp en lo que respecta a la necesidad de un “reencantamiento” de la moralidad y, por extensión y de acuerdo a lo que se ha venido desarrollando hasta ahora, de la realidad. Un reencantamiento de este tipo trae una serie de problemas en cuanto a la fundamentación de una ética ecológica realista y de

una tanatosofía. No habría que negar que una visión de este tipo puede ser especialmente relevante a la hora de pensar en una praxis ecológica que rescate en su plenitud a los entes no humanos. Si se acepta la premisa de que todo encantamiento implica un ejercicio de "divinización" o de ritualización de los objetos y de los espacios, entonces este accionar puede servir como un límite ante las dinámicas capitalistas y necrocénicas. Un ejemplo de esto podemos encontrarlo en las concepciones animistas amerindias sobre la naturaleza. No obstante este reencantamiento debe contextualizarse dentro de unos entramados sociales mediados por un constructivismo radical y por una insistencia en la primacía del ser humano sobre otras formas de vida, de manera que puede suceder lo inverso: lo que se "encantaría" nuevamente es el sujeto humano y sus praxis extintivas. Frente a esta posibilidad, la ética ecológica realista y la tanatosofía no parten de un "reencantamiento del mundo", sino más bien de la permanencia en la catástrofe. Esta permanencia no implica, como puede aseverarse en una primera lectura, un detenerse indiferente ante la destrucción de la Tierra. La catástrofe demuestra la trascendencia de los hechos cinéticos frente a la subjetividad, al mismo tiempo que apela a una desarticulación de la concepción capitalista de lo humano, por ende, de lo subjetivo. Este *colapso trascendente* amplifica la crítica a cualquier reencantamiento, a su vez que funda la responsabilidad como valor moral y permite pensar en un futuro en donde la praxis esté sujeta a presupuestos realistas y no relativistas (en el sentido moral del término). A su vez, el colapso trascendente delimita el accionar humano en el sentido de que destaca las situaciones-límite en las cuales está inmerso el sujeto gracias al calentamiento global.

Para concluir, un análisis filosófico del problema de la extinción es necesario para entender cómo este evento impacta en la formación de categorías éticas y ontológicas. Construcciones como "especie peligro en extinción" o "extinción humana" indican no solo retos, sino la urgencia de elaborar una filosofía del colapso trascendente que dé cuenta de la claudicación del futuro que el calentamiento global trae consigo. Los breves esbozos de tanatosofía y de ética ecológica realista desplegados ante ustedes busca analizar dicho colapso. De alguna manera, ambos enfoques que se retroalimentan entre sí tratan de pensar un término llamativo que la filósofa Sandra Baquedano Jer (2023) usa para hablar de la crisis climática: ecosuicidio. Para ella, el ecosuicidio es la muerte en masa de seres vivientes que constituye un crimen contra biodiversidad en la medida en que el agente humano tiene un grado de intencionalidad en la perpetración de dicha acción, al mismo tiempo que esta intencionalidad culmina en su propia extinción (2023, p. 465). Además de esto, se debe añadir que el suicidio trae consigo el problema de la libertad. De acuerdo a lo esbozado hasta ahora, la propuesta tanatosófica, al estar profundamente enlazada con la ética ecológica, debe pensar los límites de la libertad humana frente al Necroceno. Si esa libertad conlleva a la muerte de la habitabilidad planetaria, entonces ser libre es un sinónimo

del placer ante la nada. Aceptar esto significa extremar el constructivismo espectral: lo que quedará de nosotros y de la naturaleza son vestigios que nadie recordará.

Bibliografía

Baquedano Jer, S. (2023). Precedentes conceptuales para una ecosuicidología. *Tópicos. Revista de filosofía*, 67, pp. 454-477.

DeLapp, K. (2013). *Moral Realism*. London: Bloomsbury Publishing.

McBrien, J. (2016). Accumulating Extinction: Planetary Catastrophism in the Necrocene. En Moore, J.W. (Ed.), *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism*. Oakland: PM Press, pp. 116-137.